

CAPÍTULO III

DOLORES Y MODESTA

La comida de la familia Herrera era tan modesta como su casa, como sus trajes, como su vida, en fin. La habilidad culinaria de Simona no tenía tampoco grande extensión.

Los días de santo, algún domingo ú otro cualquier día que doña Amparo quería añadir algo á la comida ordinaria, ella era la que elaboraba la adición, con gran primor y maestría, pues entendía tan perfectamente de cocina como de todos los pormenores del arreglo de una casa.

Habíanla educado á ella, como ella educaba á su hija: era tan hábil para bordar como para mullir un lecho; sabía guisar, asear su casa y hasta lavar, lo mismo que hacer flores, armar papalinas y cortar y coser vestidos; manejaba igualmente el quitapolvos que el telar de hacer bolsillos, el dedal que la escoba, las agujas de la calceta que las cacerolas, y hasta el estropajo, cuando Simona no lo hacía á su gusto.

Sus camisas de novia estaban bordadas por su

mano, y también algunas sábanas de las que guardaban sus roperos; y excepto la ropa de su esposo, que la hacía el sastre, no se daba punta-da en su casa que no la diese su mano.

Aquel día no había ningún extraordinario en la comida: se componía sencillamente de sopa de pan, cocido apetitoso y un plato de picadillo, cosa que gustaba mucho á don Pedro y á su hija, que tenían siempre buen apetito. Doña Amparo comía poco, y casi siempre de mala gana.

Simona había ya puesto en la mesa un plato de ensalada, y otro con un pedazo de queso, como final y postres de la comida, cuando don Pedro dijo á su esposa:

—¿Quieres que vayamos á tomar un poco el sol? Hoy no había trazas de que saliéramos del Ministerio hasta las tres; pero pensé en ti, y á las dos pedí permiso, calculando que un poco de ejercicio será bueno para tu dolor de cabeza.

—Hoy no me ha dolido—contestó doña Amparo,—y quisiera acabar de repasar esa ropa para que esta noche la almidone Simona, porque mañana es día de plancha.

—¡Déjate de repasar, mujer!—exclamó don Pedro en tono de cariñoso enfado:—si no se plancha mañana, se hará pasado ó el otro.

—Eso es: pasado mañana sábado, día destinado á la limpieza; al otro, domingo; al otro, lunes, día de lavado. ¿No ves que cada día está dedicado á una faena de la casa?

—Pero, querida mía, ¿has de ser esclava de esas faenas?

—¿Y qué remedio? No hay escape si la casa ha de marchar bien y ha de estar bien arreglada.

—¿Es decir, que no quieres salir?

—No es que no quiero, Pedro: es que no puedo.

—¡Señora, por los clavos de Jesús, no diga usted eso!—exclamó Simona.—¡Que no puede! ¿Por qué no puede? ¿Qué repaso le queda ya?: ¡las medias de la niña! Yo las coseré, y vaya usted á paseo un rato. ¡Aquí siempre metida! ¿Cómo no ha de estar mala? Y esta criatura yo no sé como está gorda: jamás pone los pies en la calle. ¡Ya se ve: por eso no crece!

—Qué abogada tan famosa del *no hacer nada* eres, Simona!—dijo riéndose doña Amparo.

—¡Pero, señora, si está usted siempre hecha un azacán, y sin por qué! Si tuviera los ocho hijos que Dios se le ha llevado, ¿qué sería?

—¡Ojalá que los tuviera!—murmuró la señora tristemente.

—¿Pero qué haría usted entonces, si ahora con una se agobia tanto?

—Haría lo mismo que ahora, ó más.

—¡Más! Yo no sé cómo. ¡Si ahora se mata usted de trabajar!

—Trabajaría doble entonces: estaría cosiendo en vez de jugar al tute. Dios da siempre fuerzas para que se cumpla con las obligaciones.

Dolores, que veía á su madre distraída, se acercó al oído de su padre, y le dijo muy quedito:

—Padre, yo quisiera un pedacito más de queso.

Don Pedro cortó una buena rebanada y la dió á la niña, que se puso á comerla con apetito, lo que era muy extraño, pues había ya comido mucho.

—Y después—continuó doña Amparo, hablando con Simona,—tendría ya tres mayorcitos: Teresa y Emilia contarían diez y siete años la una, y diez y seis la otra; Pedro y Joaquín, doce y trece; ¡ay!, si vivieran, ¡qué feliz sería yo!

—Vamos, vamos, dejemos esas cosas tristes, y salgamos á tomar el sol—dijo don Pedro levantándose de la mesa.—Dame ese gusto, Amparo.

—Hija, tú vas hoy á reventar de comer—exclamó Simona al ver á Dolores que aún engullía queso.—Señor, ¿por qué le ha dado usted más?

—Porque tenía más gana—respondió don Pedro.

—Si piensas que eso es hacerle un bien, te equivocas—dijo doña Amparo á su esposo con triste gravedad:—ella no sabe nunca cuándo ha comido bastante, y luego se pone mala. Vamos, corre á vestirme para que andes un poco, niña, que bien lo necesitas.

—Voy á dar gracias—respondió Dolores, un tanto avergonzada de su glotonería.

Y cruzando sus manecitas, é imitándola sus padres, empezó á recitar esta oración con voz dulce y clara:

Gracias te damos, Señor,
con toda esta compañía,
por el pan de cada día
que nos das con tanto amor.

Á vuestra gloriosa aurora,
que es la divina María,
suplicamos cada día
que nos sea intercesora.

Y que sea de tal suerte
que no nos falte mañana,
conservando el alma sana
hasta la hora de la muerte.

La bendición del Padre,
el amor del Hijo,
la gracia del Espíritu Santo
sea con nosotros.

—Amén—repitieron en coro los padres y la criada haciendo la señal de la cruz con tierna devoción y recogimiento.

Luego, doña Amparo volvió á cruzar sus manos, y rezó á media voz un Padrenuestro y un Avemaría, terminando con Gloria, y contestándola todos, inclusa la niña.

—Señora—dijo Simona:—no me acordaba de decir á usted que doña Elena me ha encargado que subiese la niña esta tarde á jugar un poco con Modesta, que está mala y con mucha tos de un fuerte constipado.

—Más le convenía pasearse que subir arriba—objetó doña Amparo,—y más se distraerá paseando con nosotros.

—Pero, madre, Modesta está mala—dijo tímidamente Dolores.

—¿Y quieres mejor ir á hacerle compañía?

—Sí, porque la pobre no puede salir del cuarto.

—¿Y qué haréis?

—Jugar con las muñecas; hacer comiditas con sus cacharros. Yo me subiré también los míos, si usted quiere, y si me da una torta de las de manteca lo pasaremos muy bien.

Doña Amparo fué á la alhacena, la abrió, sacó dos hermosas tortas, dos manzanas y algunas nue-

ces, y lo puso todo en el delantalillo de Dolores.

—Toma—dijo:—para merendar y hacer comiditas. Que te acompañe Simona: y cuidado con hacer rabiarse á Modesta, porque ya sabes que está mala.

Dolores abrazó á su madre, transportada de alegría, y luego fué á abrazar también á su padre.

Un instante después, llamaba con Simona en la habitación del cuarto segundo.

Una mujer como de treinta años abrió la puerta.

Su aspecto era decente, pero su traje pobre; en su semblante brillaban la bondad, la franqueza y la alegría.

Llevaba un vestido de percal bien cortado y bien hecho, y sus negros cabellos estaban peinados con esmero.

Antes de hablar á la niña y á la criada, gritó llena de alegría:

—¡Modesta, hija mía, ya tienes aquí á Dolores!

—¡Ah!; ¡que entre, que venga!—respondió una voz infantil.

Entonces, la mujer que había abierto la puerta abrazó á la niña, la tomó por la mano, y se entró con ella á las habitaciones interiores.

La casa era pobre, pero brillaban en ella la limpieza y la alegría.

33860

En una salita con alcoba estaba acostada en un lecho pequeño, pero sentada en él, una niña de la edad de Dolores: era rubia, con hermosos ojos azules, y tez blanca como el nácar; en su rostro había una dulce calma, que contrastaba de un modo extraordinario con la viveza de su amiga.

Sentado delante del balcón, que caía á la calle, un hombre joven y de bella figura pintaba un hermoso cuadro, casi terminado ya: llevaba una bata de lana que debía haber sido de colores vivos, pero que estaba ya deslucida por el tiempo.

Aquel hombre no podía pasar de los treinta y seis años, y era rubio como la niña que se hallaba acostada, aunque la dulce expresión del semblante de su hija, pues sin duda lo era, estaba reemplazada en él por otra expresión enérgica y vigorosa.

En una misma cama dormían dos niños, que podían contar dos y tres años de edad; el uno era varón, la menor era una graciosa niña.

—¡Qué! ¿Ya viene aquí esta picarona?—preguntó el pintor, dejando el pincel para tomar la barbilla de Dolores, que pasaba por su lado asida de la mano de su esposa.

—Sí; viene á jugar con Modesta, que se aburre sola—respondió ésta; y tomando en sus brazos á

Dolores, la sentó en el lecho de su hija, añadiendo:

—Os voy á traer el cesto de los juguetes, queso y pasas, para hacer comidas.

—Aquí tengo yo tortas y manzanas—dijo Dolores abriendo su bien provisto delantal.

—¡Oh, qué buenas comidas vamos á hacer!—gritó Modesta dando palmadas.

—Hablad bajito, no me despertéis á los pequeños—dijo la esposa del pintor, que se llamaba Elena.

Y tomando su costura, se sentó enfrente de su marido, que continuaba pintando, en tanto que las dos niñas charlaban á media voz sentadas en el lecho.

CAPÍTULO IV

DÚO DE UN RUISEÑOR Y UN CANARIO

Lo primero que salió del fondo del cesto de los juguetes fué una muñeca de cartón de gran tamaño, vestida con un deteriorado traje de indiana hecho de un vestido viejo de Modesta.

Dolores fué quien la sacó de su encierro, y la miró con cariño á la brillante luz de la tarde que penetraba en la alcoba.

—¿Cómo se llama por fin?—preguntó á su amiga.

—Se llama Cesarina, como mi hermana—respondió Modesta.

—Más valía haberla llamado de otro modo. Cuando la nombremos vendrá tu hermana á incomodarnos, creyendo que la llamamos á ella.

—¿Y qué importa que venga?

—¿No ha de importar? ¡Yo no la quiero al lado cuando jugamos!

Y variando de pensamiento con la viveza de imaginación que le era natural, añadió al instante:

—¿Por qué no le hemos de poner otro vestido?

—¿Á quién?—preguntó Modesta.

—¡Á la muñeca! ¡Si está tan fea así! ¡Parece una criada! ¡Dame acá el de color de rosa!

—¡Es lástima para casa!—murmuró tímidamente Modesta.

—¿Lástima?—repitió Dolores soltando una carcajada; y aquella niña, tan tímida y encogida delante de su madre, parecía transfigurada por una expresión llena de malicia y un espíritu dominante.

Chispearon sus negros ojos, su roja boquita se puso más encarnada, y de su frente parecían brotar rayos de luz resplandeciente.

En aquel instante acertó á mirarla el pintor, y exclamó con profunda admiración:

—¡Qué hermosa es esa criatura!

—Muy hermosa—repitió su mujer;—pero si no la tuviera su madre tan sujeta, sería más mala que el mismo enemigo.

—Vamos—continuó Dolores, mirando á la muñeca,—no puedo ver los vestidos pobres...; me ponen triste. Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, he de ir siempre muy elegante.

—¡Pero para estar en casa!...—observó tristemente Modesta, al ver que su amiga despojaba

rápidamente á Cesarina de su usado vestido de india y le ponía el flamante de color de rosa, que ella guardaba tanto.

—Para estar en casa, también ha de llevar vestidos lujosos.

—Pues yo—dijo Modesta,—para estar en casa, lo peor; así dice mi madre, que no quiere vestir nunca porque los niños le arrugan el traje; y como nosotras, cuando seamos grandes, tendremos niños también, ya ves...

—¡Que tengamos!—repuso Dolores:—yo los enviaré con las criadas.

—Yo no—objetó Modesta:—que mi madre no nos envía á nosotros.

—Pues, hija, yo no quiero chiquillos impertinentes que lloren y se suban á mi falda. Cuando yo sea grande, estaré muy elegante, me iré á paseo, á los teatros, recibiré visitas y me divertiré todo lo que pueda.

—¿Pero y coser?; ¿y zurzir la ropa?; ¿y limpiar la casa?

—Nada de eso haré yo.

—¿Pues quién lo hará?

—Mi madre, como ahora.

—Cuando tú seas grande, tu madre ya habrá muerto. ¿No ves como murió tu abuela?

—¡Morir mi madre!—repitió Dolores, cuyas mejillas se volvieron pálidas.—¡No, no: eso no puede ser!

—¿Cómo que no puede ser? Como dice el señor cura que nos ha confesado ya dos veces, la vida es de Dios, y el día de mañana no le tenemos seguro.

—¡Antes de quedar sin mi padre ó sin mi madre me quisiera morir yo!

—Á pesar de su genio vivo y revoltoso, mira qué buena es!—exclamó Elena, levantándose para abrazar á Dolores; y luego añadió:

—¡Vamos, hijas mías! ¿Quién piensa ahora en morirse? Jugad y estad alegres, que aún os guardará Dios á vuestros padres durante largo tiempo.

—Pero es que mi madre no está buena, como usted, señora—murmuró Dolores, por cuyas mejillas corrían gruesas lágrimas:—¡siempre se está quejando de la cabeza!

—¡Bueno, bueno! Nadie se ha muerto aún de dolor de cabeza, niña—dijo el pintor.—¡Eal; ¿cuándo hacéis la comida?

—Ahora—respondió Modesta:—haremos sopa, cocido y un principio, ¿eh, Dolores?

—Y tres principios—respondió la interpelada.—¿Teniendo tanto hemos de comer con miseria?

—¿Pero mañana...?

—¿Qué, mañana? ¡Para mañana todo estará seco, y ya habrá más!

—Mañana sería dentro de un rato. Mira, tú serás la mamá de la niña, yo la criada, y haré la comida.

—¡Eso es!: para mangonearlo todo; ¡así quieres siempre!

—¿Quieres ser tú la criada?

—¿Yo? No por cierto. Criada!: ¡ni aun jugando! Vamos, soy la mamá que se lleva á paseo la niña Cesarina.

Dolores tomó en sus brazos á la muñeca y empezó á pasearla por la sala diciéndole mil cosas tiernas y dulces.

Luego fingió que lloraba, y empezó á consolarla con reflexiones; pero el llanto no cesaba, y le dió unos cuantos azotes volviéndose á casa, ó sea á la alcoba, con ella.

Modesta, la buena y templada Modesta, había estado sentada en la cama contemplando esta maniobra, y, al parecer, muy pensativa.

—¡Qué poca paciencia tienes!—exclamó dirigiéndose á su amiga:—¡pegar á la niña por tan poca cosa! ¡Más valía que yo la hubiera sacado á pasear! ¡Pero, calla!: ¿sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que supuesto que no me duele nada, bien me podía vestir, y jugaríamos mejor. Voy á pedir permiso á mi madre.

—No lo hagas—dijo resueltamente Dolores:— ¡no seas tonta!

—¿Cómo tonta?

—Si le pides permiso, no te dejará; así, vístete sin decirle nada.

—¡Me reñiría!

—¡Ca, boba! Tu madre no riñe por esas cosas. ¡Si fuera la mía! Conque, ven acá y te ayudaré.

Dolores hizo salir casi á la fuerza á su amiga de entre las ropas del lecho, y empezó á vestirla, acabando muy pronto.

Entonces se descubrió toda la hermosura de la figura de Modesta.

Era una niña esbelta, delicada, de una blancura nacarada, y había en ella algo de pudoroso, de dulce, de suave y de encantador, que decía perfectamente con su nombre.

Cuando estuvo vestida, su amiga la tomó del brazo, y salieron juntas, diciendo Dolores con voz campanuda al aparecer en la puerta de la alcoba:

—¡Buenas tardes!

—¡Niñas!, ¿qué habéis hecho?—exclamó Elena;—¿por qué te has vestido, Modesta?

—Se cansaba de estar en la cama—respondió Dolores por la interpelada.

—¡Y como nada me dolía!—objetó Modesta con timidez.

—¡No importa! ¡Ahora te vas á constipar; vas á ponerte peor!

—Yo la abrigaré—dijo Dolores; y quitándose su pañuelo del cuello, lo echó sobre los hombros de Modesta: la sentó sobre una silla, y se colocó á su lado, prodigándole toda clase de cuidados y atenciones.

Había en aquella ternura algo de protector y de fuerte, que contrastaba con la débil apariencia de Modesta: se conocía que Dolores quería á su amiga con un cariño íntimo y profundo.

Las miradas de Modesta á su amiga eran tímidas y dulces, y parecía obedecerla con gusto y con cariño.

Una vez sentadas la una al lado de la otra, colocaron á Cesarina en una silla inmediata, y entablaron de nuevo un diálogo animado.

—Yo no sé—dijo Dolores, que era la que tomaba siempre la iniciativa—cómo mi madre me ha dejado subir hoy contigo.

—¿Por qué? ¿has sido mala?—preguntó Modesta.

—No tenía ganas de coser, y me regañó.

—¡Pero si nunca tienes ganas de trabajar!

—¿Qué culpa tengo yo de que me guste más andar que estarme sentada? Cuando me encarga sacar cosas de la despensa, ropas de los armarios y ayudar á Simona á limpiar la sala, estoy más contenta.

—Pues, hija, á mí me sucede lo contrario—objetó Modesta:—más me gusta coser y bordar, que no que mi madre me envíe á la cocina á soplar con el fuelle, á limpiar verduras, ó al comedor á poner y quitar la mesa.

—¡Ay, pobrecita mía!—exclamó Elena mirando á su hija con los ojos cubiertos de lágrimas:—¡es que bordar y coser es tu descanso! Como somos pobres, tengo que dedicarte á faenas que no te gustan, ni á mí tampoco que las desempeñes.

—¿Y qué remedio?—repuso apaciblemente Modesta:—es muy justo que la ayude á usted, madre mía, que á usted también le gusta más coser los gorritos de Cesarina y de Federico, y hace todo lo que es menester. El padre de mi amiguita Dolores es mucho más rico que nosotros, ¿verdad?

—Sí por cierto, hija mía; lo pasa mejor que tu

padre, que está enfermo muchas veces y no puede trabajar.

—¿Rico mi padre?—exclamó Dolores:—¡sí, sí, rico! Lo que se llama ser rico es un señor á quien hemos ido á ver el otro día, y que tiene una niña.

—¿Como nosotras?—preguntó Modesta.

—No; es mayor; es casi una señorita: tiene ya catorce años; pero es muy amable, y me ha dicho que vendrá á jugar conmigo, y eso que su padre es Conde.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Berta.

—Nombre de reina antigua—dijo riendo el pintor.

—Berta llama á su padre *Papá*, yo dije á mi madre si quería que la llamase *Mamá*, y me respondió que no; que á Dios y á la Virgen se les llama *Padre* y *Madre*, y que no quería modas en eso, porque los padres son la imagen de Dios.

—Tiene razón—observó Elena:—en los nombres de *Padre* y *Madre*, tan dulces y tan santos, no deben entrar las modas.

—Berta—prosiguió Dolores—tiene muchos juguetes, y aún se divierte con ellos, á pesar de que ya es grande: vive con su abuelita y con su padre, y todos la miman mucho, y la dejan hacer

todo lo que ella quiere. Uno de estos días vendrá á casa y llamaré á Modesta para que la vea, porque lleva mucho lujo: tanto como esas señoras que pasean en coche, aunque es una niña.

—¿Cómo habrán conocido don Pedro y doña Amparo á esa familia?—preguntó Elena á su marido en voz baja.

—Mujer—respondió éste,—ya nos lo dijo, y yo no me acuerdo... Espera...: creo que es un ricachón de Sevilla...; un conde, como dice la niña, que ha estado con él en el colegio y ha venido aquí á seguir un pleito y á pasar el invierno.

—Es cierto; yo también oí algo de eso, pero ya no lo recordaba tampoco; si ahora he hecho memoria, es porque al oír decir á la niña que llamaría á mi hija, me ha disgustado: no quiero que Modesta alterne ni se trate con gentes ricas y que viven en la grandeza.

—¿Por qué?—preguntó el pintor:—¿no dicen que lo que sirve hoy para medrar son las relaciones?

—No lo creas, Antonio; esas relaciones sólo sirven para despertar la codicia, para hacer gastos superiores á nuestras fuerzas, para sufrir, en una palabra. Nadie debe aspirar al bienestar más que por medio de su trabajo y de lo que valga.

—¡Sí; ya ves qué bien nos vemos nosotros por esa cuenta!—observó el artista con cierta amargura.

—¿Y qué nos falta?—exclamó Elena:—sólo que tengas más salud; por lo demás, tenemos paz y tranquilidad; nos amamos; nuestros hijos están sanos, son hermosos y prometen ser buenos: ¿no es quejarse pedir más á Dios? Yo, que lamentaba hace poco el que Modesta tenga que hacer ciertas cosas penosas para su edad, conozco que hacía mal y que ningún trabajo envilece á la mujer honrada.

Antonio Benavides—éste era el nombre del pintor—fijó en su buena esposa una mirada humedecida de lágrimas, y estrechó tiernamente su mano, aquella mano santificada y ennoblecida por el trabajo y las rudas faenas de la familia, y luego se volvió, y cobijó con otra mirada de amor á Modesta y á los dos niños que dormían en la misma cuna.

Después de oír las palabras de su mujer, no pensaba ya en la pobreza, ni en su falta de salud, ni en las fatigas de su por demás humilde existencia.

Las niñas, entretanto, seguían charlando de Berta, de sus magnificencias, de la muñeca Cesa-

rina, de sus comidas en miniatura, que hacían y se comían en seguida, y de todas esas pequeñas puerilidades de la infancia, con la alegre algarabía que producirían juntos un ruiseñor y un canario.

El ruiseñor, de voz sonora y armoniosa, era Dolores, más hermosa, más fuerte que su compañera.

La rubia Modesta era el dulce y juguetón canario, que sólo oponía suaves sonidos al poderoso trinar de su amiga.

¡Dulces é indisolubles amistades de la primera edad!; vosotras sois las más verdaderas, las más durables de la vida, porque sois también las más puras y sinceras.

CAPÍTULO V

UNA ESTRELLA ENTRE NUBES

La señorita Amparo García, hija de un magistrado benemérito, se había casado, á la edad de diez y siete años, con don Pedro Herrera, joven de veinticinco, honrado, probo, laborioso, y que era escribiente primero de un ministerio con el haber de cinco mil reales.

La boda, en punto á interés, no pudo ser más descabellada; pero Amparo no tenía madre, y su padre no pudo resistir á las súplicas de aquella hija única y con tanto extremo amada.

—Cásate, y viviréis conmigo—le dijo:—mi mesa será la vuestra; tú manejarás mi sueldo como hasta aquí; unirás á él el de tu marido; pagarás la casa, comeremos á la misma mesa, vestiremos, y lo que sobre será para vosotros; sólo me reservaré el dinero que invierto en mis limosnas, y en decir dos misas cada mes por el alma de tu madre, lo que, como sabes, asciende á poco.

Así se hizo. Amparo se casó con el que amaba,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO